



**Navarro García, José Luis (2020). *Del Mississippi al Guadalquivir: Flamenco y Jazz*. Sevilla: Fundación Cristina Heeren, Cátedra de Flamencología de la Universidad de Sevilla y Libros con Duende. ISBN 978-84-15718-47-5**

#### **Equipo de Redacción**

José Luis Navarro, investigador fecundo y pionero en muchos de sus trabajos sobre el arte flamenco, acaba de publicar una nueva obra, centrada en esta ocasión en las relaciones entre el jazz y el flamenco.

Con prólogo de Francisco Javier Escobar, también curtido en estas lides, a lo largo de casi sus 300 páginas, Navarro repasa los hitos más importantes y los frutos producto de tan feliz maridaje que, particularmente para el flamenco, ha supuesto la incorporación de elementos nuevos que han enriquecido su lenguaje, como el recurso a los acordes de paso, abriendo un horizonte de posibilidades en el plano armónico y compositivo.

Articulada en nueve capítulos, en el primero de ellos (“Pioneros”), se dan cita diferentes artistas del jazz que han sentido interés por lo hispano, como reflejan algunas de sus creaciones. Es el caso de Jelly Roll Morton o John Smith Hurt, y también dos saxofonistas pioneros, Fernando Vilches (“el Vallejo del Saxofón”) y el Negro Aquilino (“el Marchena del Saxofón” o “el saxofón humano”), este último “creador del cante hondo en saxofón”, cuyas grabaciones han sido recientemente reeditadas. Atención especial merece la figura de Carlos Montoya, guitarrista flamenco, sobrino de Ramón Montoya, nacido en Madrid pero afincado en EEUU.

“Ecos latinos” –tal es el título del segundo capítulo– se perciben también en otros muchos grandes del jazz, como Louis Armstrong (“El manisero”, “La cucaracha”); Duke Ellington (“Fiesta a la luz de la luna”, “Caravana”); Count Basie (“Rumba Negro”); o el mítico Gleen Miller (“The Rhumba Jumps”). Una línea ininterrumpida que, ya cercano a nuestros días, culmina en el disco mítico

grabado por Bebo Valdés y el Cigala *Lágrimas negras*, descrito por Navarro como «una nueva simbiosis del jazz latino y el cante jondo» (p. 55).

En el capítulo III (“La edad de oro del jazz”), alude al primer encuentro del que se tiene constancia entre músicos del jazz y del flamenco. Tuvo lugar en 1956, y como protagonistas a Lionel Hampton y la bailarina argentina María Angélica, virtuosa de las castañuelas, aunque el producto musical final –como señala el propio Navarro– poco tuviera de flamenco.

Figura transcendental en la hibridación entre jazz y flamenco fue Miles Davis, que en 1960 editó el disco *Flamenco sketches*. Navarro recuerda cómo se gestó la versión de Davis del *Concierto de Aranjuez*, que no satisfizo en absoluto a su creador, el maestro Rodrigo. Obra emblemática de Davis es “Saeta”, según Navarro, «el más flamenco de cuantos temas grabó» el músico norteamericano (p. 78).

El capítulo IV lleva por título “Desde esta orilla”, y cuenta con protagonistas como el saxofonista Pedro Iturralde, unos de los pioneros del jazz español en acercarse al flamenco, cuyas grabaciones hablan elocuentemente del acierto con que lo hizo.

Otra figura decisiva es la de Paco de Lucía, del que describe cómo surgió su relación con el jazz, titubeante en sus principios hasta que el músico algecireño descubrió «el esquema de la improvisación» con lo que desaparecieron sus temores y el estrés que el reto le ocasionaba. Fruto de algunas de esas experiencias es el mítico trabajo *Live... One summer night* (1984), nacido de su colaboración con John McLaughlin.

Manolo Sanlúcar, «guitarrista con vocación sinfónica» (p. 114) y Enrique Morente, «el cantaor más descaradamente innovador del flamenco moderno» (p. 115) son otros de los protagonistas de este capítulo de la obra.

En el capítulo V (“Encuentros fugaces”), alude a una serie de músicos que se han relacionado de alguna manera con la música hispana y el flamenco,



como Joe Pass o Wynton Marsalis, y habla también del encuentro entre Sabicas y el guitarrista Joe Beck, del que surgió un disco que ni dejó contento al pamplonés ni fue tampoco un éxito de ventas como tal vez alguno preveía.

A partir de los años 70 es cuando, en opinión de Navarro, surgen los primeros frutos duraderos y de importancia que terminan por asentar las bases del género flamenco-jazz. De ello da cuenta en el capítulo VI (“A los dos lados del charco”), en el que hacen acto de presencia los nombres de Charles Mingus o Chick Corea, pianista que ha mostrado siempre un gran interés por el flamenco, como evidencia el tema “Spain” de su disco de 1972 *Light as a feather*. Concurren también otros como los de Joan Albert Amargós o Jorge Pardo, tal vez el músico español que, desde el jazz, más huella ha dejado en el flamenco.

En el capítulo VII (“Flamenco-jazz, fin de trayecto”), se comprueba que el nuevo género ha terminado por consolidarse. Aparecen entonces los nombres de artistas como Chano Domínguez y Gerardo Núñez, que «encarnan el logro final de una integración total» (p. 165).

El capítulo siguiente lo dedica a Dorantes, que Navarro califica como «un mundo aparte» (p. 193). Nieto de la Perrata, hijo de Pedro Peña, sobrino de Juan Peña el Lebrijano y de Inés y Pedro Bacán, a juicio de Navarro, «respira flamenco por todos sus poros» (ibídem)

En el capítulo IX y último de la obra se suman «más nombres», nombres que no pueden faltar en esta historia, como los de Pepe Habichuela, Ketama, Tomatito, Pata Negra, Perico Sambeat, Rafael Riqueni, Juan Carmona, José Antonio Rodríguez, Juan Manuel Cañizares, Vicente Amigo, Carmen Linares, Niño Josele o José Quevedo “Bolita”.

Si el aspecto histórico de la obra resulta interesante, también lo es y muy de agradecer el análisis de la discografía de los artistas que se citan a lo largo del trabajo. Su escucha resulta, obviamente, imprescindible si se quiere

entender cómo la idea del género flamenco-jazz fue poco a poco gestándose hasta terminar por asentarse.

El trabajo se completa con un índice temático-onomástico, que facilitan las búsquedas y consultas al lector. Se trata, en suma, de una obra necesaria y de muy recomendable lectura.

